

Prospectiva

TANTO en el Este como en el Oeste, uno puede constatar un rápido crecimiento de la capacidad y del volumen de las principales unidades industriales. El fenómeno en cuestión se debe a factores técnicos totalmente independientes del régimen del país en que se presentan. La producción, cada vez más sujeta a la intervención de los órganos de estudios y de investigaciones científicas, así como a las grandes inversiones, debe amortizarse a base de artículos fabricados e implica esfuerzos y riesgos más importantes. Por otro lado, comoquiera que los transportes y las comunicaciones se han vuelto más fáciles, más rápidos y cuestan relativamente menos, es posible reagrupar dentro de una firma, unidades de producción geográficamente dispersas, en el mismo país o fuera de él, de modo que queden establecidas allí donde lo justifiquen consideraciones económicas o técnicas, y los centros industriales se fijen, se desplacen o se refuercen en función de los precios absolutos, dependientes de los costes de fabricación, transportes, salarios, impuestos, etc.

ASISTIMOS al desarrollo, en Occidente, de «corporaciones» nacionales o internacionales de dimensiones que superan con mucho a las que eran habituales hace sólo una generación. Tales corporaciones disponen de amplias redes de fabricación y distribución que tienden a extenderse más allá de las fronteras, superando su marco inicial. Ciertos economistas han creído poder anunciar que, de aquí a una veintena de años, el mundo occidental estará dominado por 300 grandes sociedades o grupos de sociedades supranacionales, de las que la IBM, la Royal Dutch, Shell, Unilever y Nestlé dan ya una imagen característica y cuyo peso político, hoy ya enorme, se volverá casi insostenible.

ESTA situación acentúa la tendencia a una mayor interdependencia de las economías y de las naciones. Desde hace veinte años, la expansión de los intercambios internacionales ha superado en rapidez al crecimiento de la población. Por ello, los países dependen ahora más unos de otros, son más sensibles a las fluctuaciones, a los accidentes que se originan en el exterior y a los efectos de las decisiones tomadas por los gobiernos extranjeros. Al no poder ya fabricar —por lo menos en cantidades y condiciones competitivas suficientes— la inmensa variedad de mercancías que necesita, un país no puede enfrentarse, él solo, a la totalidad de sus necesidades y ha de recurrir a las producciones de los otros países. Esta interdependencia es la causa del movimiento acelerado de liberalización de intercambios, desarrollado, en un principio, dentro de grupos de naciones caracterizadas por sus afinidades políticas, tanto en el mundo capitalista como en el socialista, para establecerse luego entre unos grupos y otros.

ESTE desarrollo de los intercambios se produce tanto entre los países industriales como entre las sucursales de las grandes empresas supranacionales. Así es como, por ejemplo, las filiales de las sociedades norteamericanas en el extranjero han vendido y comprado cantidades crecientes de mercancías en Estados Unidos; en 1965, este comercio correspondía a más de la quinta parte de las importaciones americanas y a la cuarta parte de las exportaciones.

Más aún que el gigantismo de las firmas, será la división del trabajo la que se acentúe, sin duda, dentro de cada país y entre unos países y otros. La división del trabajo es una tendencia general, incluso entre las empresas medianas y pequeñas, que tratan a veces de resistir el gran movimiento de concentración de los últimos decenios. Se ha comprobado, en efecto, que gran número de actividades industriales muy especializadas no convienen a las empresas

demasiado importantes, y que muchas veces empresas medianas que disponen de un utillaje y de unos cuadros apropiados, llevan a cabo producciones fundadas en las ciencias más avanzadas. Pueden citarse, a este respecto, los ejemplos que ofrece la zona industrial y la periferia de Boston, donde, de quince años a esta parte, se han instalado entre setecientas y ochocientas fábricas de medianas dimensiones, especializadas en diversos procesos de innovación técnica, puestos a punto y ejecutados por ingenieros y mandos muy cualificados; hombres apasionados por las aplicaciones prácticas de la investigación en punta que han conseguido que prospere un tipo de empresas cuyo equivalente puede encontrarse en Alemania, Suiza, Suecia, Países Bajos, etc. Estas fábricas cooperan muchas veces con corporaciones más poderosas. Introducen en las estructuras industriales un elemento de flexibilidad y continua renovación, puesto que, gracias a lo reducido de sus dimensiones, un hombre emprendedor e ingenioso puede aprovecharse ampliamente de las oportunidades que le ofrece una coyuntura industrial y comercial, así como de las posibilidades que resultan de la política de un gobierno. Sin duda, algunas de estas empresas serán absorbidas a la larga por sociedades más importantes, pero tendrán que ser sustituidas por otras si es que existe «una fuerte natalidad industrial», factor esencial de una economía en vías de expansión y de rejuvenecimiento.

No obstante, las empresas medianas difícilmente pueden conseguir metas altas cuando la ejecución de programas complejos exige la intervención de grupos y de equipos muy diversificados. La primera travesía aérea del Atlántico fue prácticamente obra de un individuo solo; no se puede comparar, pues, con el viaje a la luna medio siglo después, ya que esta empresa exigió la cooperación de numerosos equipos de técnicos que aunaron sus esfuerzos para llegar a un resultado mucho más allá de las posibilidades de un sabio o de un ingeniero aislados o de un grupo de sabios e ingenieros, por geniales que fuesen.

EN este tipo de situaciones, lo que caracteriza a la empresa es una organización muy elaborada, contrapartida indispensable de la especialización de cada uno de sus departamentos.

La interdependencia de los centros de investigación, de iniciativas de realización no excluye, ni mucho menos, la creación voluntaria de niveles de decisión concebidos para la defensa y la promoción de intereses comunes. Y eso compete a la responsabilidad gubernativa. La nueva situación nos obliga a consideraciones igualmente nuevas que enriquezcan los argumentos tradicionales que se vienen intercambiando desde hace varias generaciones los partidarios del liberalismo económico. Si la producción está cada vez más dominada por poderosas empresas locales, extranjeras o internacionales, que pueden abusar de su poder; si cada pueblo ha de tener más en cuenta que antes las influencias y las presiones que pueden venir de fuera, ¿cómo no tomar conciencia de los deberes que de todo ello se derivan y cuyo cumplimiento corresponde a las autoridades gubernamentales encargadas de la defensa de los intereses generales y de los derechos de la mayoría? Porque si los problemas vitales y los grandes peligros no afectan ya solamente a una nación, sino cada vez más a grupos de naciones, ¿no será preciso crear estructuras e instituciones comunitarias eficaces, por ejemplo, en Europa, para asegurarse de que las decisiones más importantes seguirán dependiendo de la voluntad de los pueblos en todos aquellos casos que se refieran directamente a sus aspiraciones esenciales y a su concepto de la civilización? ■ P. M. F.